

NORTEAMÉRICA VISTA DESDE EUROPA



Continuamos el trabajo iniciado en otro número de MVNDO HISPANICO sobre el sugestivo tema «Norteamérica, vista desde Europa», con opiniones de escritores europeos sobre Norteamérica, su circunstancia y su peripécia. Estas opiniones las extraemos—como entonces—del libro «Europa y sus fantasmas», de João Ameal, a quien corresponde, como se verá, parte del texto, y se ilustran con magníficas «fotos» del álbum de Mario Bucovich titulado «Manhattan Magic», que nos ofrece alucinantes visiones de ese Nueva York, del que dijo Paul Morand que «es un Occidente excesivo».

ESPIRITUS SIN BRUJULA.—¿Cuál es la vida mental y moral del norteamericano? Todos saben lo que es la sociedad en Norteamérica: una feria plutocrática. Y la familia: una serie de matrimonios hechos y deshechos en un relámpago; tiranía excesiva, y a veces hipócrita, de la mujer, que, según Paul Morand, «aún no dejó de ser niña ni renunció a ser hombre...» Durheim escribe por su parte: «El mismo ciudadano que en los conflictos de negocios lucha con independencia, con facilidad, no está satisfecho fuera de su oficina más que cuando ha obedecido de forma pasiva a las disposiciones de Norteamérica: el «policeman» y la mujer...»

A esa mujer añáda se dirigen ciertos anuncios, como los citados por André Maurois: *Streamline your underwear* (use ropa aerodinámica) o *A perfect complexion shall be your self-starter* (el color perfecto de su piel garantizará un éxito). El escritor francés concluye, entre irónico y divertido: «Es una verdadera técnica del encanto que se enseña a las jóvenes norteamericanas...» La vida es a un tiempo puritana y comercial («pueblo de la Biblia y del cheque», leyendo sobria de Farnoux-Reynaud), profundo amoralismo y envuelta en todas las ululantes disonancias del «jazz»...

Son memorables los enérgicos apóstrofes con que Jorge Duhamel, en «Scènes de la vie future», condena la demoníaca sonoridad de Norteamérica: «El «jazz-band», esa baranuda atascada, sofocada, que, desde hace tantos años ya, tropieza en los mismos contratiempos: que ceca, que lloriquea, que chirría y pia sobre toda la faz de la tierra. Triunfo de la tontería bárbara, con aprobación, explicaciones y comentarios técnicos de músicos instruidos, que temen, por encima de todo, no estar al día, contrariar a su clientela, y que se sacrifican al «jazz» como los pintores de 1910 se sacrificaban al cubismo...»

En una carta muy interesante a Dulieu, en 1860, le resumía Proudhon las paradojas y las deficiencias; es una página que tiene más de ochenta años y no envejece: «Es claro que el trabajador debe tener su glorificación. ¿Qué hago yo hace veinte años sino incitar a la multitud, en el seno de la cual nací, a actuar como un conjunto de hombres libres, imitando a Norteamérica? Mas debemos confesar que la creación de la riqueza es solamente el fundamento del edificio social; que las naciones no viven de eso; que encima de la esfera de lo útil; viven otras más gloriosas: Filosofía, Ciencia, Arte, Derecho y Moral. La dignidad humana puede, en rigor, tolerar las riquezas, según demostró la escuela de Pitágoras. Mas ¿qué es un pueblo sin Filosofía, sin Arte, sin nociones de Derecho y de Moral? Es lo que parecen olvidar los norteamericanos; lo que, a pesar de sus dólares y de su orgullo, los rebaja a la última fila de las naciones civilizadas...» En el mismo sentido se manifiesta el ensayista católico Valéry-Dadot al comparar a América con un mostrador, afirmando que «un mostrador no puede sustituir a un altar».

En el campo de la inteligencia encontramos en los norteamericanos vulgares una simplicidad inverosímil. Cierta revista de Nueva York publicó los resultados de una encuesta en que se preguntaba a los lectores quiénes eran sus tres autores franceses preferidos. Obtuvieron la votación más numerosa Proudhon, Taine, Dumas (padre) y Bergson. ¿A qué propósito apareció Bergson en tan imprevista compañía? Tal vez por ser uno de los maestros más citados por William James, o por haber dado en Norteamérica bellas y sugestivas conferencias. ¿Y el escandaloso emparejamiento de los mejores obras de los clásicos conforme al gusto de un público de boxeadores y mecanógrafos? Ejemplos: «Hamlet» fué representado en San Francisco con el título de «El príncipe loco o los espectros de Elsenaur», y añadió un cuadro en que Ofelia era raptada del convento en una noche de tempestad, y Hamlet no tenía otro remedio que hacer cabriolas y saltos mortales, como Douglas Fairbanks. «Fedra» la tragedia de Racine, sufrió el siguiente bautismo: «Entre el padre y el hijo, o los amores sangrientos», título perfectamente adecuado a una cinta cinematográfica de la Paramount. Mas lo cierto es que los boxeadores y las mecanógrafas se divertieron. En «Babbit» hay una escena mag-

nífica. Un grupo de personas amigas, después de haber comido, resuelve hacer una sesión de espiritismo, y alguien sugiere que se evoque a Dante. Seguidamente comienzan las preguntas indiscretas: ¿Quién era Dante? ¿Se conoce a Dante? Jorge Babbitt, hombre instruido, arriesga esta ocurrencia: «¡Claro que le conozco! Es aquel sujeto que sirve de guía a los turistas Cook en el Infierno...» Otro de los presentes, Virgilio Gunch, insinúa que Dante hizo algo, pero no fué capaz de llegar a las cumbres de la literatura práctica, ni de redactar rápidamente párrafos de reclamo para los periódicos. Una jovencita, Eddie Swanson, añade que si ella dispusiera del tiempo necesario, también sería capaz de escribir un poema... Evocan entonces al espíritu del gran florentino. Y luego Virgilio Gunch sugiere que se pregunte a Dante cómo están Shakespeare y Virgilio, y si quieren los tres actuar en el cinematógrafo... Eddie Swanson, para no quedarse atrás, preguntó si el autor de la «Divina Comedia» se halla constipado, a consecuencia de ir cubierto solamente con una corona de laurel...

Existe un contraste demasiado fuerte entre los progresos materiales de los norteamericanos y su simplicidad intelectual. Viven con comodidad, tienen iniciativa y audacia, pero carecen de cultura y equilibrio interior. Mientras nosotros, pertenecientes a comunidades seculares, estamos, ya hace mucho, en la fase crítica, los norteamericanos vivieron hasta ahora en la fase del instinto espontáneo y ahora comienzan a observarse a sí mismos.

Uno de los raros críticos de Norteamérica, Mencken—autor de «Defence of Women» y director de «American Mercury»—al responder a Catalogne, trazó un panorama severo, pero pintoresco, de la vida artística y literaria en los Estados Unidos. Me parece útil reproducirlo:

«En Norteamérica, el gusto musical se manifiesta exclusivamente por la aceptación del «jazz» obscuro, no vale la pena de citar algunos entusiasmos infantiles por ciertos cantores de ópera. En cuanto a la Pintura, ningún artista es oficialmente reconocido, y si el Presidente convidase a un pintor de talento para ir a la Casa Blanca, cometería una falta de etiqueta tan grave como si convidase a un ateo. El teatro, suplantado por el cinematógrafo, ya sólo existe en Nueva York. La literatura se ve maltratada constantemente por los partidarios de la cultura puritana, y cada manifestación de auténtico valor es atacada con violencia. Los críticos oficiales fueron todos adversarios de Edgar Poe en su tiempo; después, de Whitman, e intentaron rebajar a Mark Twain al nivel de un simple payaso. En la actualidad, atacaron con saña a Sinclair Lewis y a Dreiser. Cuando se concedió a Lewis el premio Nobel, se sintieron profundamente disgustados...»

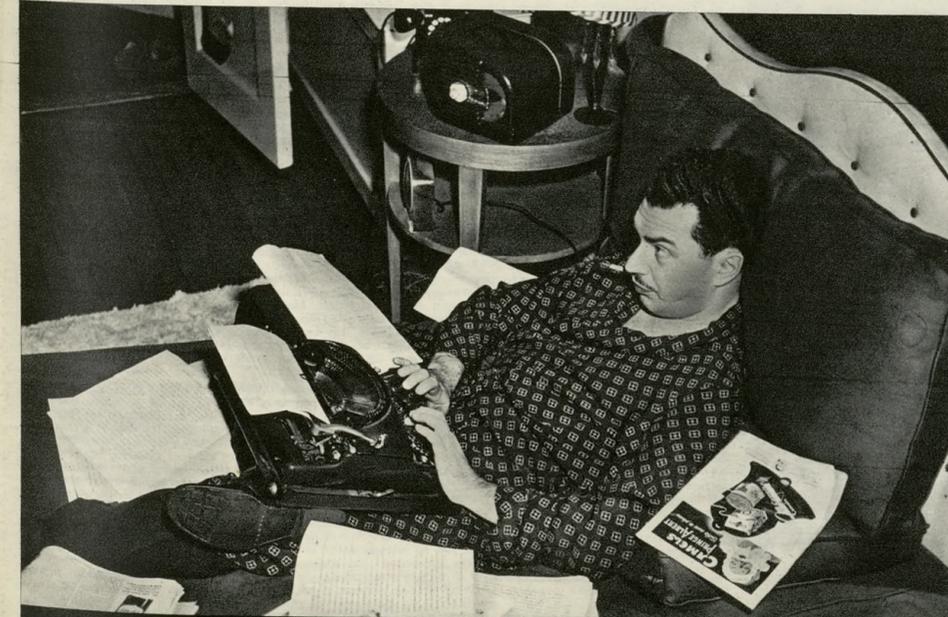
PRAGMATISMO Y DEMOCRACIA.—Todo el panorama de la vida norteamericana conduce a una filosofía rudimentaria y práctica, instrumento de simplificación y facilidad. Filosofía cómoda, sin grandes sobrecargas metafísicas, hecha a la medida de la sociedad que pretende orientar. Es el pragmatismo de

William James, «método sencillo para eludir la metafísica», según indica el profesor Baudin. ¿Sólo un método? Sus aspiraciones son más altas: aunque al principio no pase de método, pretende llegar a ser una teoría genética de la verdad. La principal característica del sistema de James (con la colaboración de Peirce, de Dewey y de Schiller) es la negación de la verdad absoluta, de la realidad objetiva, independiente de las nociones individuales. Para el creador del pragmatismo, del pluralismo pragmático, la verdad se confunde con lo útil, con lo ventajoso. Ella nos sirve, en vez de nosotros a ella. Más aún: sólo interesa en la medida en que nos sirva; y en eso consiste toda su razón de ser. «Aquellos que más convenga creer será lo que más se parezca a una definición de la verdad.» Equivale a transformar la verdad en mero factor de éxito, en mero auxiliar de la experiencia. La experiencia es lo único que la determina, en ese sistema, llamado, francamente, por su autor empirismo radical.

Keyserling recuerda las bases calvinistas de la filosofía «yankee». Calvino estableció un lazo enteramente falso entre la Gracia y el triunfo sobre la Tierra, «lo que le convierte en verdadero padre espiritual del pragmatismo norteamericano, tan profundamente antiespiritual».

Es evidente que, con tal noción de la verdad, los pragmatistas ponen a Dios a la altura del hombre. Se niegan la perfección, la omnisciencia y la autonomía creadora. Mac Taggart, profesor típico, contradecía que Dios fuese perfecto, «porque destruiría así el equilibrio del Universo». Después de negarle la infinitud, le niegan el conocimiento y el poder creador. Lutostawski proclama: «Yo no puedo haber sido creado por otro ser!» Enrique James enseñaba a su hijo que Dios no se basta a sí mismo, que debe ser un honesto operario y colaborador en la obra común. Fechner creía en nuestra acción sobre Dios. Quiere decir: el Dios de los pragmatistas—como sintetizó Maritain—es un camarada celeste, un valioso elemento en la serie de los acontecimientos, un auxiliar y hasta un siervo... Se sabe que Edison designaba siempre a Dios como «el Gran Ingeniero» o sea: un Edison sublimado, idealizado... Refiriéndose a este delirante antropocentrismo, Keyserling escribió al principio de uno de sus libros la siguiente frase, que revela un humorismo cético: «Es la concepción del mundo de la mayoría de nuestros contemporáneos: Dios creó el Universo por medio del megáfono...» Este Dios es un «viejo siervo fiel, que nos ayuda a llevar nuestra cruz, en medio del sudor y la polvareda del trajín cotidiano»—acentuó Bourdeau—. Este Dios—made in U. S. A., complaciente y limitado, bastante grande y poderoso para merecer que se le adore y se le pida alguna cosa, mas no tan grande y poderoso que los hombres no le ayuden y no le alcancen—es una especie de ciudadano ejemplar, de supremo americano-tipo, producto de una teodicea donde entran mucho más las teorías de Monroe que las de Santo Tomás de Aquino.

Otro vigoroso pasaje de Bourdeau: «El pragmatismo es una reacción anglosajona contra el intelectualismo y el racionalismo del espíritu latino... Para él, el hombre, el individuo, es la medida de toda cosa. No puede concebir más que verdades relativas, es decir, ilusiones. El valor de estas verdades le es reve-



Rodeado de cemento, en un agujerito de las superestructuras, el escritor—en este caso, Hal Block—disfruta su paz octaviana o su sucedáneo. El vértigo actúa incluso sobre la bohemia.

El edificio Rockefeller, en la quinta Avenida.

El «Empire State», en la quinta Avenida.



Arriba: Hierros, cables... El primer puente, entre los que unen Brooklyn y Manhattan.—Abajo: Filadelfia, en vísperas de una convención del Partido Demócrata.

lado, no por una teoría general, sino por la práctica individual... Filosofía que pasa de palabra, todo en gestos y en actos, que abandona lo general por lo particular...

EN FUGA ANTE LOS ESPECTROS.—En el campo intelectual, Norteamérica tiene numerosos y extraordinarios valores que sirven de atenuantes a sus atentados en el campo de la Moral, de la Política y de la Economía contra la primacía de la Inteligencia.

La mayor atenuación reside en este hecho, que es justo poner de relieve: la Norteamérica de hoy está compuesta, en primer lugar, por una gran mayoría de europeos emigrados, cuya adaptación a la nueva patria no es aún perfecta, a pesar de lo que decía Teodoro Roosevelt. El elemento extraeuropeo—elucida Ford Maddox Ford—no llega a constituir una décima parte de la población de los Estados Unidos, y su influencia en el desenvolvimiento material y mental de los norteamericanos es, en resumen, insignificante. Por eso no vacila en asegurar más adelante: «Norteamérica es una creación del cerebro europeo.»

Podría preguntarse: si hay tal proporción de europeos en Norteamérica, ¿por qué está tan atrasada en relación a Europa? Hace treinta años, Gabriel Tarde decía que Europa podía contemplar en los Estados Unidos la prefiguración de su propio destino. ¿Y qué son las «Scènes de la vie future», de Duhamel, sino una utilización de la profecía de Tarde? En ese caso, insisto en que no se comprende que, en vez de reproducir y ampliar nuestra civilización, Norteamérica marque, en el campo de los valores esenciales, una tendencia regresiva...

La explicación de esta aparente paradoja es fácil de encontrar. El escritor rumano Conrado Bercovici nos dió una descripción interesantísima de los barrios extranjeros de Nueva York, en la formidable colmena de Manhattan, ese Manhattan que Juan dos Passos describe como fondo de su gran novela «Manhattan Transfer». Uno de los espectros que Bercovici hace resaltar es la tendencia de los emigrantes de las varias nacionalidades a reagruparse como en el mapa europeo; los portugueses, junto a los españoles; los alemanes, junto a los austríacos... Esto, que no parece tener importancia, nos da perfectamente la síntesis de las relaciones entre Norteamérica y Europa. Europa está orientada, instalada, consolidada. Norteamérica es una Europa desorientada, inestable, sin consolidación. Uno de los que mejor supieron acentuarlo fué Renato Guilloin, en «Esquisses littéraires et morales». Nos presenta los Estados Unidos como formados por pequeñas ramas de troncos europeos que intentan recomenzar una nueva vida. Recomenzar, nótese bien—esto es, volver atrás, de la madurez a la juventud y aun a la infancia—. Privados del contrapeso y de la solidez pujante de la fronda tradicional, que las raíces profundas unen a la intimidad del suelo, los numerosos arbustos crecen en libertad, bajo un clima diferente, y, por lo tanto, difieren del árbol de que proceden.

No por eso es menos real la filiación. Y será la mayor atenuante de las locuras y excentricidades de la Norteamérica moderna. ¿Con qué derecho los censuramos nosotros, europeos, sus creadores históricos, sus modeladores espirituales y morales? «Los Estados Unidos nos restituyen hoy lo que recibieron de nosotros; con la diferencia de que, descargada de nuestros antiguos hábitos, la simiente fructificó en sus manos cien veces más», declara lealmente Luis Artus—. «Norteamérica tal vez fué más lejos de lo que nosotros hubiéramos querido. La causa de su impulso no está en ella todavía, sino en nosotros, que primero lo desencadenamos—refuerza Sisley Huddleston—. «Los Estados Unidos no se oponen a Europa: más bien la prolongan»—concluye Renato Planhol—. Numerosos testimonios podrían citarse en este sentido. El más sintético y agudo es el de Juan Ricardo Bloch, para quien el norteamericano es, en último análisis, «la caricatura exagerada del europeo».

Vuelvo a insistir en la pregunta. ¿Cómo interpretar una falsa civilización, medio bárbara, medio pueril, que debía ser espejo de la nuestra y le es tan contraria? ¿Cómo explicar que una prolongación de Europa se transforme en retroceso?

Para responder, me serviré de una imagen exacta. Norteamérica es, en relación a Europa, algo así como lo que era para el doctor Jekyll, en la célebre novela de Setevenson: espejo de sus defectos íntimos, forma corpórea de sus culpas misteriosas, máxima penitencia de sus errores. «Caricatura exagerada»—dice Bloch—. Sí: caricatura exagerada, que repite, agrava y deforma los rasgos originales...

Hace cuatro siglos que Europa se desvió del camino legítimo de su civilización, agotó las fuentes vitales y entró gradualmente en una descomposición metódica. Se perdió la unidad filosófica e intelectual por la desestimación o por el olvido de las altas direcciones aristotélicas; quebróse la unidad religiosa por la Reforma, y, por último, la unidad política y social, por los delirios revolucionarios.

Norteamérica, sin responsabilidades en ese pasado lamentable, adoptó como le fueron ofrecidas las direcciones de confusión y decadencia. Así, encontramos en su informe tumulto los reflejos de todos nuestros desvíos y todas nuestras quimeras. Luciano Farnoux Reynaud, crítico de los más lúcidos, denunció la influencia en los Estados Unidos de los tres espíritus «que rigen el mundo moderno: Lutero, Descartes y Rousseau». Aron y Dandieu definieron pintorescamente la proyección del racionalismo abstracto en el mito americano de la sobreproducción, al sintetizar: «Ford es solamente un Descartes que se pasea por la calle.»

De Reynold se mostró de acuerdo cuando escribió: «Las ideas que son la base de este sistema, los norteamericanos las han recibido de Europa; las han recibido de Francia y de Inglaterra a fin del siglo XVIII, precisamente a la hora de la emancipación.»

En cuanto a las costumbres norteamericanas, ¿no son las anglosajonas exageradas y simplificadas hasta la más absurda deformación? Según Emilio Baumann, por haber abandonado Europa su antiguo orden, Norteamérica se convirtió en una extraña y monstruosa Babilonia. Hasta en un detalle de valor simbólico—*ex libris del americanismo*—, en el colosal *rascacielo*, se descubre la paternidad de Europa.

Veámoslo: fué necesario, inicialmente, el empleo del cemento de Portland, importado de Inglaterra; después, el del acero Bessemer, procedimiento alemán; en fin, el genio agudo de un arquitecto francés, Le Duc, que fué el primero que proyectó un edificio con armadura de hierro y con una envoltura de piedra, que sólo serviría para cerrarlo y preservarlo. Y los principales arquitectos norteamericanos aprenderán en la Escuela de Bellas Artes de París; por ejemplo, Jenney, a mediados del siglo XIX. La historia del *rascacielo*, investigada por W. C. Starret, y así resumida en pocas líneas, revela bien su origen, íntegramente europeo.

«Caricatura exagerada...» Tiene toda la razón Juan Ricardo Bloch. Más aún: ¡expiación gigantesca de los pecados que viene de lejos!...

EL ALMA SIN CONSUELO INTERIOR.—En esto consiste la gran tragedia norteamericana, que justifica la absolución de muchas culpas y suscita un sentimiento inmenso de piedad. Norteamérica es la expiación de los pecados de Europa contra su destino y contra su civilización; imagen de la decadencia europea, en lo futuro, si las fuerzas espirituales no la salvan; anuncio del mundo siniestro de los *Eloi* y de los *Morloks*, de la novela de Wells «The time machine». Paisaje desolado y triste, donde las máquinas mandan y los hombres viven sin alegría y sin independencia, a merced de automatismos imperiosos...

La inmensa melancolía americana—que en ciertos momentos llega a la desesperación—proviene, sobre todo, de la falta de una base ética y religiosa. No es humana una vida frenética, vertiginosa, trepidante, afanosa de lucros, girando entre convenciones, ambiciones, cifras, sin un ideal más alto, sin la esperanza de otros placeres, de otras recompensas, de otras victorias... No es humana una vida simplemente terrenal. El castigo surge en la terrible sensación de vacío, de inutilidad, casi de remordimiento, que marca sus amargas jornadas.

En esa vida todo está desprovisto de sentido, fuera de la realidad o contra ella, por carecer del punto de apoyo esencial. Uno de los mejores observadores del malestar de los americanos llamó a éstos «algebristas sedentarios, sugestionados por signos abstractos». Mucho oro, signo de riqueza; muchas leyes, signo de virtud; muchos cañones sobre muchos navíos, signo de paz... Obsesión de signos en un país de moral superficial, que, al fin, deja obrar a cada uno como quiera, según Luc Durtain.

De ahí el modo de vivir ese pueblo inquieto y exhausto, su doliente nerviosidad, la fiebre de sus pueriles agitaciones y su ansiedad por todas las hipótesis de euforia, de aturdimiento o de quimera. «¡Muy vacía tiene que sentirse el alma norteamericana para querer, ante todo y sea como fuere, que no la dejen mirarse a sí misma!», imaginaba Sandroz, un curioso personaje de Durtain. No. Yo no creo que esté vacía el alma norteamericana. Por el contrario, está agitada y afligida, privada de los grandes consuelos íntimos y condenada al dolor permanente del revoloteo de ave enjaulada. No puede estar vacía el alma norteamericana. No hay, ciertamente, almas vacías. Todas tienen una sed primordial, irresistible, que exige el descubrimiento de horizontes y la certeza de alianzas trascendentales... Hasta en el Babbitt, de Lewis—índice de la clase comerciante de los Estados Unidos, y cuya mediocre personalidad no llega a librarse nunca del engranaje—, hasta en el Babbitt se encuentra ese impulso hacia las alturas del misterio y de lo sobrenatural, esa llamada a lo divino, aunque en forma infantil y novelesca.

Más que censurar y acusar a Norteamérica, tenemos que lamentar su situación y acusarnos a nosotros mismos. Nosotros le dimos las bases iniciales de una filosofía moral y social que fué el origen de ese ardiente infierno en que forcejean millones de víctimas. En Europa, las aberraciones y alucinaciones del individualismo religioso, político y artístico aun luchan hoy con el antiguo fondo inquebrantable de una tradición de unidad y armonía humanas. En Norteamérica no existía ninguna tradición. El individualismo materialista encontró el campo abierto para la expansión de su desastrosa cultura. Construyóse un monumento colosal y absurdo, como la torre de Babel, que se yergue hasta el cielo, pero deprime a los hombres, encorvándoles hacia tierra. De tiempo en tiempo surgen alarmas, protestas y quejas. Sin tener, por lo tanto, a qué recurrir a su pasado, ni conocer un orden diferente y completo, como el que disfrutamos ya en Occidente, esas alarmas, esas protestas y esas quejas resultan episódicas y estériles en aquella vida mecánica y monótona... Y cuando alguna vez se inicia un movimiento de regreso a la verdad integral, al camino salvador, son muy pocos los que le entienden y le siguen. La gran masa continúa avanzando sin saber hacia dónde, en un panorama de chimeneas de fábricas y de cordilleras de *rascacielos*, con el acompañamiento rítmico y trepidante de las máquinas, en busca de un hombre ideal, omnipotente y propicio, de vigorosos pensamientos, poseedor de riquezas que no pueden contarse por no poderse ver y a quien sirve de signo el dólar... El hombre ideal, el plutócrata sin alma, ¡estatua alegórica del país de la Biblia y del cheque!...

«En Norteamérica—declara Morand—tuve muchas veces la impresión, no de una civilización en marcha hacia el progreso, sino de una fuga ante los espectros.» Es la imprevista transformación de Babbitt en Hamlet; la aparición del dilema *ser o no ser*, como abismo inesperado entre la banal de las luces de Broadway...